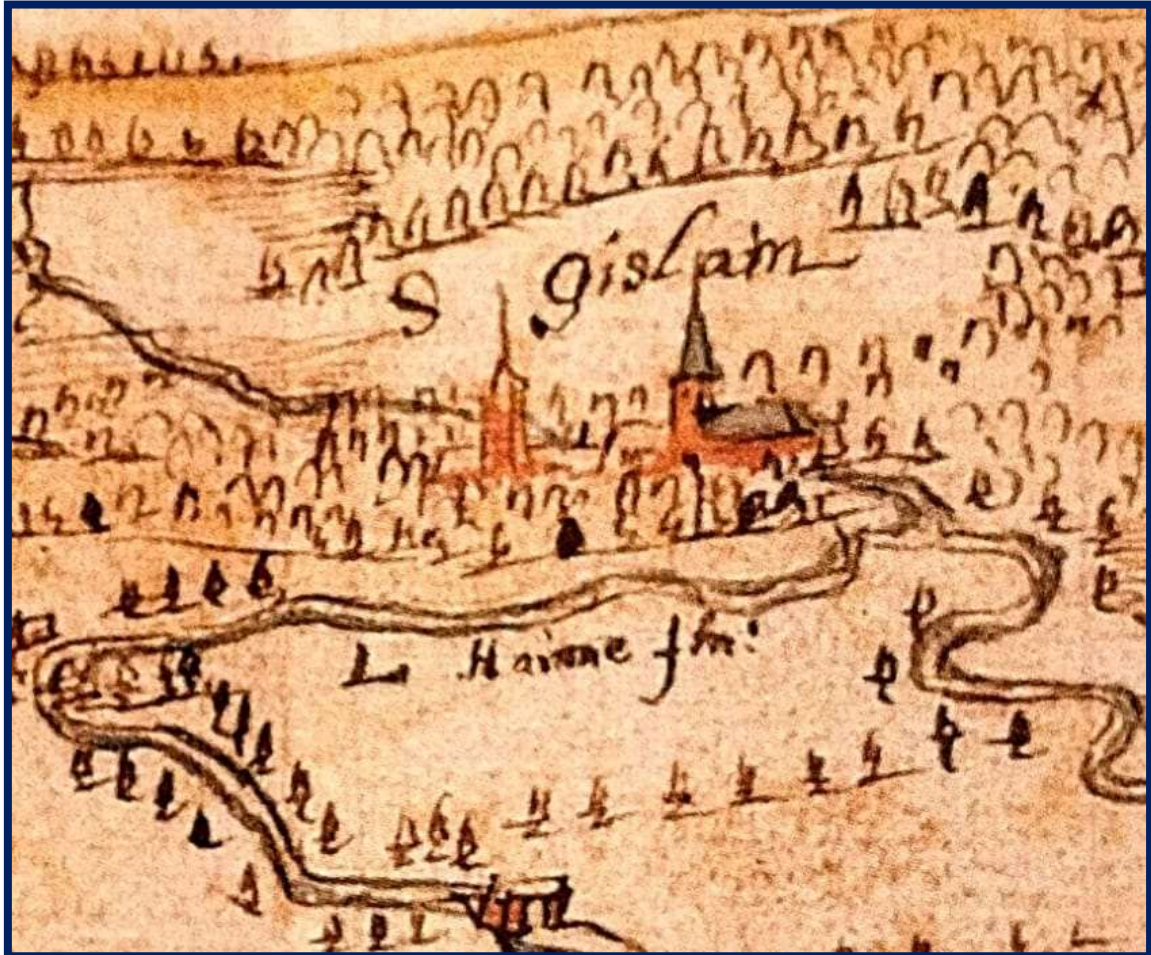


# EL ASALTO A SAINT GHISLAIN



José Antonio Yagüe Moros

Publicada en la Revista *Noches de jardín*, nº 5 (2023)

## Saint Ghislain- 23 de junio del año de Nuestro Señor de 1572

A un observador desprevenido quizá no le hubiera llamado la atención aquella estampa. A fin de cuentas no era más que otro convoy de comerciantes de paños llegando a una pequeña población flamenca a orillas del canal de Mons; Saint Ghislain.

Un espectador más avisado quizá hubiera sospechado. Se trataba de una comitiva muy extensa para una población tan humilde. Los carros iban fuertemente cerrados con lonas y a pesar del áspero aire que azotaba la zona era imposible vislumbrar nada de lo que había en su interior. Los arrieros llevaban capas y sayos muy amplios que parecían dejar entrever que bajo ellos se escondía algo. Pero sobre todo, y a pesar de lo que supone una procesión comercial de dichas dimensiones, había una quietud y silencio sepulcral en torno a la caravana, sin otros comerciantes ni labriegos entrando o saliendo de la ciudad como hubiera sido lo normal a esas horas de la mañana y ni siquiera los jornaleros de la misma partida hablaban entre sí.



Finalmente, escudriñando con más detalle el paisaje, una persona avezada en el arte de resolver enigmas habría reparado en el centenar de soldados que se ocultaban cubiertos de agua hasta la cintura en las acequias de los linderos del camino, sólo unos pasos por detrás de la recua de comerciantes que ahora sí podían identificarse como hombres fuertemente armados bajo sus túnicas. Yo soy uno de ellos, aunque no voy fuertemente armado, a decir verdad.

Efectivamente, el convoy comercial era tan sólo una mascarada que ocultaba en realidad a una de las compañías de tercios bajo el mando por Don Fadrique Álvarez de Toledo, a la sazón, hijo del capitán general y gobernador de los Países Bajos; el Duque de Alba.

Ninguno de los centinelas de la puerta de acceso a Saint Ghislain sospechó nada. Al frente de la caravana mercantil estaba el reconocido comerciante neerlandés Jan Van Tielt, con su larga y llamativa cabellera rojiza, que charlaba animadamente con el cabo de guardia en idioma flamenco. Su pública adhesión al protestantismo era casi un seguro de vida para sus compatriotas en la puerta de acceso a la villa, si bien no podían sospechar que había sido sobornado y corrompido por los largos tentáculos del Duque de Alba. Van Tielt había trabajado muchos años en Sevilla y mantenía así mismo fuertes vínculos comerciales con la Corona Española, pero eso había sido hace años y esas transacciones comerciales habían caído ya en el olvido para sus compatriotas.

Saint Ghislain había sido ocupada por hugonotes franceses hacía cuatro años y en la actualidad una compañía de sesenta soldados de Orange defendía la población. En realidad era un lugar con mayor interés estratégico que comercial, no en vano allí vivían apenas 550 almas, pero Van Tielt se las ingenió para hacer creer a los guardias que celebrarían una bonita feria comercial el día de San Juan. Eso no tenía mucho sentido estando tan próximos a Mons, donde a todas luces el margen de negocio era mucho mayor. El interés de Saint Ghislain residía en ser el último puerto fluvial al oeste de Mons, lugar ideal desde el que lanzar los ataques contra esta gran urbe también en manos protestantes. Se tratada en realidad de un antiguo monasterio amurallado con gran capacidad de subsistencia en caso de asedio y una torre fortificada en el punto más alto, junto a la iglesia parroquial, que se antojaba a todas luces inexpugnable, pues contaba con pozo interior y provisiones para resistir un largo asedio. Precisamente la gran protagonista del asalto a Saint Ghislain iba a ser aquella torre.



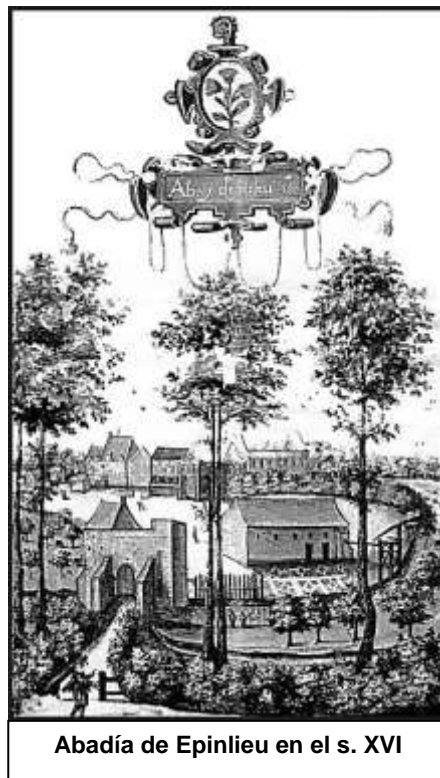
**Torre e iglesia de Saint Ghislain en la actualidad**

## Abadía de Epinlieu – 19 de junio del año de nuestro señor de 1572

El campamento del Tercio de Sicilia estaba ubicado extramuros de la Abadía de Epinlieu, un punto al norte del canal, pero próximo a Mons en una evidente declaración de intenciones para cerrar el círculo en torno a la capital flamenca. El día anterior los monjes y el pequeño retén de soldados rebeldes se habían retirado al sur en cuanto vislumbraron en el horizonte la vanguardia del ejército de Don Fadrique.

La tienda parecía poder venirse abajo en cualquier momento por el efecto del viento racheado y la violencia de la lluvia que repiqueteaba con fuerza sobre la lona. La primera vez que vi la tienda así, a punto de caer, sentí un miedo atroz. Ahora ya me había acostumbrado y tras la batalla del Campo de la Alondra la climatología era la menor de mis cuitas.

En el interior un soldado pálido y espigado, sentado frente a las brasas, charlaba animadamente con otros tres compañeros de armas que le prestábamos escasa atención, de hecho, incluso Íñigo Larraún, que era tenido por un hombre cultivado y versado en letras, acostumbrado a escuchar, se nos había quedado dormido quizá fruto de las fiebres subsiguientes a las heridas sufridas en batalla.



Abadía de Epinlieu en el s. XVI

- ...Y entonces decidió el maestre de campo recortar las faldas y enaguas de todas las herejes holandesas a las que consideraba culpables de espiarnos para delatar nuestras posiciones al enemigo del otro lado del valle y no contento con eso, las soltó en las proximidades del campamento hugonote para que fueran los propios soldados franceses quienes las violaran. Que digo yo, que menudo desperdicio, que para eso podrían haber sido empleadas con nuestros hombres para su solaz y así se evitaría que...

El que hablaba era Vidal de Mont-rás, soldado aún joven pero que llevaba media vida sirviendo al rey de España por toda Italia y se jactaba de ser hijo de un ricohombre del séquito del emperador Carlos que había acampado en su villa natal de Palamós hacía más de dos décadas, aunque en realidad todos sospechábamos era tan gentil como el resto de los que allí estábamos. No pudo continuar su disertación porque la tienda se abrió súbitamente dando paso a la severa silueta del capitán de la compañía calado hasta los huesos y con cara de pocos amigos.

- Continúa Mont-rás, ¿Queréis presentar una queja formal.- le conminó el capitán.
- Bueno, no señor, más que nada estaba comentando aquí a los compañeros la oportunidad perdida que suponía enviar a las espías flamencas al campamento francés en vez de emplearlas en nuestro beneficio.

- ¿Beneficio?... Entiendo-. Musitó frunciendo los labios el capitán mientras escudriñaba la estancia, como si en verdad no entendiera muy bien la queja. Permaneció así unos segundos de tensión hasta que centró su mirada en otro de los presentes en la tienda, una persona más mayor que sentado temblaba ostensiblemente de frío tapado con una manta. - Y vos, ¿no tenéis nada que decir?

El interpelado era Paolo Niccoló, un veterano milanés que superaría los cuarenta años, con barba entrecana y espesa, que combatía como podía los rigores del frío en Flandes... y eso que ya era el mes de junio.

- Voto a Belcebú el frío que hace en esta tierra de herejes- dijo de manera desairada.

El capitán le mantuvo la mirada unos instantes antes de responder fingiendo una sorpresa que no era tal, ya que el frío y la lluvia eran un problema casi diario para los soldados españoles en Flandes:

- Ah, el frío...- y cambiando el tono espetó:- Si queráis pasar calor, maldito italiano bobalicón, haberte embarcado para las Indias. Con un poco de suerte a estas alturas ya estarías asado y fileteado por una tribu de salvajes... sin pasar frío, eso sí. – El capitán paró en seco su frase, de repente cambió el gesto, sonrió y añadió:- De todas maneras creí que me encontraba ante una de las compañías más aguerridas y prestas del heroico Tercio de Sicilia y no ante un grupo de plañideras del convento de las madres Ursulinas.

Tras unos segundos incómodos en silencio en los que no podía saberse si iba a iniciarse un motín, una reyerta o simplemente una aceptación como subordinados de las frases del capitán, lo que sucedieron fueron unas sonrisas de buen grado, tanto de Mont-rás como de Niccoló. Yo miraba distraído y no sonreía porque desde la batalla se me habían quitado las ganas de reír y hasta casi de vivir. Sentía todo el tiempo como un pellizco nervioso en la boca del estómago que apenas me dejaba respirar. El duelo por el amor perdido que aún me asaltaba a ratos y que me había carcomido por dentro durante todo mi viaje desde mi Aragón natal, me parecía ahora un sentimiento nimio, casi frívolo, comparado con el estupor y el mal cuerpo que me había dejado el entrar en combate con el hereje... Y eso que realmente no llegué a blandir arma alguna.

- Por cierto, ¿se sabe algo del sargento Blasco?- La pregunta no era baladí. El sargento Blasco era la mano derecha del capitán y tenía muy buena reputación dentro de la compañía, si bien a mí me parecía un auténtico cretino que pretendía dárselas de listo ante los reclutas más jóvenes, tratándonos con auténtico desdén. Había desaparecido en el Campo de la Alondra al subir con Niccoló a defender una loma con un par de piezas de artillería. Su morrión fue encontrado allí mismo pero ni rastro del sargento. No parecía probable una desertión, pero lo cierto es que era como si se hubiera volatilizado. Huelga decir, con el escaso aprecio que le tenía a Blasco, que encontré la noticia de su desaparición como la menos mala de aquel día de lucha.
- No ha aparecido, señor. Es extraño- respondió con aflicción Mont-rás.
- Diantre, qué inoportuna y misteriosa baja. Hasta nueva orden pasaréis a ser mi sargento primero Mont-rás. Si Larraún sobrevive ocupará vuestro cargo de

alférez.- Si el capitán esperaba algún tipo de interacción con el interpelado Larraún fue una espera baldía pues el flamante nuevo alférez seguía grogui y con pocas posibilidades de llegar a ejercer su nuevo cargo. Él también había sido herido en la loma donde desapareció Blasco; fue una carnicería lo acaecido en aquel altozano. Probablemente el nombramiento de Larraún se debió más a un acto de caridad del capitán para dejarle algo más de paga en herencia a su viuda que un deseo real de que el pobre soldado ejerciese de alférez. Mont-rás apenas sí podía ocultar su alegría por llegar a sargento.

Al veterano milanés le pareció entonces buen momento para sacar una baraja de su faltriquera y preguntarle de forma animada:

- ¿Unos naipes Mendoza?- No era habitual que los oficiales jugaran con la soldadesca y menos llamar a un capitán por su apellido en vez de por su rango o título, pero Niccoló y Mendoza habían servido juntos muchos años en Italia y al parecer se tenían en alta estima.
- Ya me placería, pero tengo un quehacer... He venido a llevarme al muchacho ante el maestre de campo- dijo el capitán señalándome.

La indiferencia fue la emoción que reinó entre mis compañeros de turma así que, remoloneando un poco y extrañándome un mucho, me incorporé y, como buen soldado, abandoné sin chistar la tienda siguiendo a mi capitán. ¿Qué podría querer de un humilde mochilero, natural de la diminuta villa de Cartirana, todo un maestre de campo de los tercios de Flandes como el afamado Julián Romero de Ibarrola?

Al salir de la tienda confiaba en recibir una explicación del capitán pero no fue así, se embozó en la capa y me conminó a acompañarlo en silencio mientras la densa lluvia calaba nuestros ropajes. Entramos en el recinto de la abadía y fuimos hasta la capilla principal que es donde el Maestre de campo había instalado su sala de mandos. Yo seguía sin entender qué diantres hacía ahí. Cubiertos por el pórtico para evitar mojarnos más, pero antes de superar las puertas de acceso, el capitán Mendoza se detuvo en seco y se giró hacia mí.



Julián Romero hacia 1564

- Quizá no estés acostumbrado a tratar con personas de tan alta dignidad- comenzó explicando- el maestre de campo, es un soldado y sabrá comprender vuestra torpeza de villano pero puede que tome la palabra el Duque de Huéscar, hijo de nuestro gobernador. Si es tal el caso, ni se os ocurra hablar pues alguien de su grandeza no se dirigiría nunca a alguien como vos. Hablad poco y sólo si os pregunta directamente el maestre, inclinaros siempre hacia el Duque para mostrar vuestros respetos y procurad salir pronto de la audiencia... no alarguéis una situación de la que, si salís malparado os costaría la vida.

Si la disertación del capitán tenía por objeto serenarme he de señalar el fracaso de dicha misión. Más bien el efecto fue al contrario. No supe muy bien qué

responder aturdido por las advertencias de Mendoza y el capitán tampoco esperaba respuesta, así que se dio media vuelta inmediatamente y volvió al aguacero del exterior sin decir ni amén. Yo dudé unos instantes antes de rebasar la entrada. Cuando por fin lo hice, pude observar el boato que rodeaba la sala. Me llamaron la atención los tapices que recubrían todas las paredes, que seguramente no habían estado nunca ahí con los monjes de la abadía, y el calorcito que irradiaba la amplia estancia.

Había una primera mesa más pequeña donde un señor que superaba la cincuentena con amplias entradas y perilla canosa escribía de forma muy relajada, como si estuviera practicando caligrafía más que redactando un texto muy sesudo. Interpreté que ese caballero era don Julián Romero, maestre de campo del tercio de Sicilia y a la sazón nuestro general.

Detrás de él y de pie sobre una mesa amplia dos hombres más jóvenes contemplaban mapas y se hacían comentarios en voz queda. Uno de los hombres era a todas luces holandés por su ensortijada melena anaranjada. El otro debía ser don Fadrique con su barba cerrada y gesto circunspecto; tenía joyas repartidas por todas sus extremidades, unas ropas lujosísimas y un toisón de oro colgado al cuello. Hice una reverencia hacia estos dos señores y permanecí inclinado esperando que alguien me invitara a hablar. No fue así y me mantuve un buen rato en tal incómoda postura, de tal manera que llegué a pensar que no me habían visto entrar, así que decidí carraspear, aunque el efecto fue nulo.

Pasados lo que seguramente fueron a lo sumo un par de minutos más, pero que a mí me parecieron horas, el señor más mayor de la mesa pequeña se levantó de su asiento y caminó lentamente hasta ponerse muy próximo a mi mentón. Se acercó aún más, mirándome de cerca como si quisiera leer algo que tuviera tatuado en la piel. Suspiró y dijo en una voz mucho más grave de lo que invitaba a pensar su frágil complexión:



**D. Fadrique Álvarez de Toledo**

- Vos sois Cartirana, ¿verdad?- No esperó respuesta y continuó.- Martín de Cartirana, sí. Dice vuestro capitán que os movéis con ligereza en el campo de batalla y que sois capaza de correr con gran prestancia. ¿Es eso cierto?

Y yo qué podía saber lo que decía de mí el capitán, un hombre tan prudente. Es más, no alcanzaba a comprender por qué se requería de mí aquello, cuando el correr en el ejército siempre se había asociado más a la cobardía que al valor. Yo era un simple mochilero y apenas había entrado en combate en el Campo de la Alondra y no deseaba significarme, pero tampoco quería contradecir a mi capitán, así que me limité a asentir sin dar más detalle.

- Bien, eso esperamos. Seguidme.- Caminamos lentamente hacia la mesa grande repleta de planos de la zona. Julián removió los pergaminos superiores y extrajo otro más pequeño y amarillento que colocó sobre los demás; en él se representaba lo que parecía una villa.- Mirad, esto es Saint Ghislain, lo vamos a tomar al asalto fruto de un ardid, eso no debería resultar costoso. El problema es esta fortificación en la parte alta del pueblo. Tiene pozo interior sobre el canal por lo que siempre está provista de agua y sospechamos que una reserva de alimentos como para al menos subsistir un mes. Disponen de más de cincuenta soldados y varias piezas de artillería, como consigan encerrarse ahí dentro, el asedio de esa simple torre podría llevarnos semanas, retrasando el resto de operaciones y posibilitando la llegada de refuerzos que es algo que no deseamos, ¿verdad?- Pensé en contestar pero sin duda la pregunta no admitía respuesta, pues continuó inmediatamente- Así pues, una vez que hayamos conseguido controlar la puerta de acceso de la ciudad necesitamos que alguien veloz, vos, salga corriendo hacia la torre y consiga mantener la puerta abierta hasta que lleguen nuestros hombres. La toma por sorpresa de Saint Ghislain es fundamental para cerrar el cerco sobre Mons, que es en verdad el objetivo de nuestro gobernador el Duque.

Mil dudas me asaltaban pero con el miedo que me había metido el capitán sobre una posible inoportuna aportación de mi propia cosecha permanecí en silencio con los ojos como platos pues la idea, además de arriesgada, se me antojaba peregrina. Caso de llegar a evitar que esa puerta se cerrase, y eso era mucho suponer, ¿cómo iba a mantenerla abierta con al menos cincuenta herejes dentro armados hasta los dientes esperando a que llegaran mis compañeros de armas?



- Evidentemente su estatus en esta tropa cambiaría y dejaría de ser mochilero. ¿Eso os placaría?- Una voz aflautada y lánguida lleno toda la estancia, era don Fadrique.

De nuevo yo no sabía si a esa cuestión debía que responder, pero antes de que pudiera decidirme a contestar nada, lo hizo por mí don Julián:

- Sí, cuando acabe su misión el señor de Cartirana dejará de ser mochilero y se convertirá en soldado de pleno derecho. Sabemos que habéis hecho una buena instrucción con el capitán Mendoza y sin duda seréis recompensado por el éxito en vuestra misión.- Lejos de reconfortarme, esa confianza inusitada e ingenua en mi aportación a la toma de la torre de marras me producía un pavor atávico. Realmente confiaban en mí o estaba siendo partícipe en alguna chanza de dudoso gusto.



Como parecían estar hablándome completamente en serio y no me parecía oportuno cuestionar la estabilidad mental de los superiores del ejército, decidí asentir y pronuncié un casi inaudible agradecimiento. Luego ya nadie dijo nada más, vuelta al silencio tenso en el que yo no sabía qué hacer, ni siquiera a dónde mirar. Don Julián volvió a sentarse a escribir y don Fadrique y el flamenco, que luego supe que era Van Tielt, volvieron a susurrar entre ellos.

Para que bendijeran mi salida de la sala volví a hacer la genuflexión del comienzo esperando que me echaran de allí cuanto antes. De nuevo se hizo de rogar un tiempo la siguiente frase de Don Julián que acogí con alivio:- Podéis retiraros- me dijo haciéndome un gesto con la mano para que me marchara. Y me fui con la mayor de las prisas.

Había dejado de llover pero seguía haciendo mucho fresco. Yo temblaba pero ya no sabía si fruto del frío o del miedo. Me acababan de comunicar con otras palabras poco menos que me tenían que ejecutar en la puerta de la fortaleza de Saint Ghislain... y encima hasta les había dado las gracias. En ese momento pensé que no se podía ser más desgraciado.

## Campo de la Alondra – 17 de junio del año de Nuestro Señor de 1572

Haber llegado hasta Flandes con vida ya me parecía todo un logro, pues varios hombres de valía mucho más probada que la mía habían sucumbido por el camino e incluso yo mismo fui propuesto para ser ejecutado al cruzar los Alpes, pero salí con bien. Sin embargo, las muertes hasta entonces habían tenido a la fatalidad como protagonista: un despeñado por el estrecho camino de la Valtelina, un desprendimiento de piedras cruzando los Alpes, una bala perdida de unos salteadores inoportunos, un ahogado al atravesar el río. Ahora aquello era diferente. Estábamos frente al fiero ejército de hugonotes franceses. Se decía que a los prisioneros católicos que hacían les obligaban a enfrentarse entre ellos como si de gladiadores se tratara para finalmente ejecutar al vencedor abriéndole en canal.

En la inmensa explanada conocida como Champ de l'Alouette (campo de la alondra en castellano) se desplegaba el ejército de 7.000 soldados bien pertrechados al mando de Monsieur Adrien de Hangest, Conde de Genlis, consumado militar y de reconocida pericia en la toma de la ciudad de Valenciennes por parte del ejército protestante unos pocos años antes. Las tropas francesas ocupaban el centro de las operaciones.



Don Fadrique Álvarez de Toledo, hijo del Gobernador General de los Países bajos y encargado de las operaciones de nuestro ejército, en una decisión que sin duda destilaba mucho arrojo o una gran incompetencia, había decidido dividir su ejército en pequeñas compañías para cubrir la mayor superficie de terreno. De esta forma nos plantamos apenas 2.000 valientes del Tercio de Sicilia para tratar de expulsar a los franceses de la zona y así allanar la toma de Mons que era el verdadero objetivo de nuestra ofensiva.

La planicie estaba limitada a su izquierda desde nuestra posición sur por un bosque muy denso y a la derecha por unas pequeñas lomas igualmente boscosas. La escena vista desde nuestro lado no era nada halagüeña, pues era bastante claro que numéricamente nuestros enemigos, cuanto menos, nos duplicaban.

En el centro de la llanura avanzábamos en formación con las picas en vanguardia como era costumbre, aunque con mosqueteros y arcabuceros a ambos flancos. Detrás, unas pocas piezas de artillería habían comenzado a hacer estragos en las filas enemigas.

El capitán Gonzalo Mendoza miraba al infinito como si estuviera contando exactamente cuántos soldados había en el bando enemigo. Era un hombre bastante pragmático, de ojos verdes y pequeños que otorgaban a su mirada un destello de bondad. Pero a la vez, su rictus serio y su pronunciado bigote más poblado que la perilla le conferían una apariencia dura e inflexible; era como si en realidad el capitán tuviera dos caras, dos almas y, a veces, cuando te miraba profundamente, no sabías si te iba a dar un abrazo o te atravesaría con su espada.

Por mi parte, la expresión facial que yo debía estar mostrando en aquellos momentos, aunque no podía vérmela, debía ser completa y exclusivamente de pavor, imaginando lo que podrían hacer esos bárbaros hugonotes con un cuerpo casi lampiño y añinado como el mío de caer prisionero. En ese momento el capitán se volvió hacia mí, como si reparara de repente en mi existencia y me ordenó:

- Mochilero, necesitamos cerca nuestros pertrechos, tú permanece detrás del alférez Mont-rás en todo momento. Si este cae, te aseguras de que coja el estandarte alguien de los nuestros y te refugias en retaguardia. Si ves que caen los flancos, dejas allí tus cosas y sales echando vistos hacia Mons para pedirle refuerzos al Duque.- Como no debí responder y más bien le miré con la mirada perdida y la boca abierta como si me hubiera hablado en sarraceno, alzó la voz y exclamó bramando:- ¿Está claro? Incumple una de mis órdenes y lo que te harían los hugonotes te parecerán cosquillas comparado con lo que te haré yo.- Asentí aún más asustado que antes y entonces el capitán dulcificó el tono para concluir con lo que parecía una medio sonrisa. -Vamos a ver si conseguimos devolvete de una pieza a tu villorrio inmundo del Pirineo.

En la formación, a la vez del silbar de las balas y el retumbar de las explosiones, había una gran ruidera y tensión. Había quienes rezaban, otros blasfemaban e insultaban a los franceses, los más blandían sus armas haciéndolas chocar para provocar aún más estruendo y, por supuesto, sonaba de fondo el repicar de tambores dando instrucciones... Era casi imposible entenderse apenas hablando con el de al lado salvo que le gritaras.

- Estate tranquilo- me dijo el alférez mientras repiqueteaba con sus dedos de forma nerviosa en el mástil de la bandera. Esto no acababa de darme mucha confianza.

El capitán seguía escudriñando en lontananza, seguramente pensando la mejor manera de exprimir a su reducido contingente y minimizar bajas. De pronto se detuvo, se pasó los dedos por ambos lados del bigote y le susurró algo a Niccoló que estaba a su lado. Este enarcó las cejas, se encogió de hombros y comentó:

- No lo sé capitán, nos dejaría muy expuestos en ambas posiciones... pero podría funcionar.

Comenzaron las hostilidades cuerpo a cuerpo. En eso teníamos ventaja pues nuestros soldados eran más experimentados en la batalla campal mientras que en los asedios los protestantes se encerraban como ratas y se nos hacía un mundo combatir en igualdad cuando se trataba de hacer minas y desgastar las provisiones de los sitiados. Afortunadamente para nosotros, los hugonotes no disponían de ningún lugar amurallado apto para refugiarse en las inmediaciones. Así pues, comenzábamos a hacer retroceder al francés, pero muy pronto se vio que ese ritmo de avance no lo íbamos a poder mantener. En un momento dado se me acercó el capitán.

- Corre, dirígete al cabo de artillería y pídele dos culebrinas con ruedas y hombres para manejarlas. Si te pide la orden escrita dile que disculpe que no haya traído mi escritorio personal, pero que gustosamente lo traeré otro día para plantárselo en su trasero.- Como volví a quedarme completamente paralizado por la extrañeza de la orden, el capitán añadió de la forma más áspera que pudo:- ¡Vuela. Ya tendrían que estar aquí esas culebrinas!

Salí zumbando más por miedo a la reacción del capitán que porque pensase que realmente el cabo de artillería fuera a hacer caso de mi solicitud y recé a todos los mártires del santoral que no me pidiera la orden firmada. No hubo suerte, fue lo primero que me pidió y que sin escrito no me daba ni una culebrina ni un perdigón. Le respondí citando palabra por palabra las instrucciones de Mendoza. El cabo se rascó la oreja, pensó unos instantes y empezó a dar voces a sus hombres para que me siguieran al menos una decena de ellos con dos de sus culebrinas. Era evidente que en esta compañía muchos estaban acostumbrados a los desaires del capitán y los aceptaban con verdadera devoción.



Cuando aparecí con la mayor de las diligencias ante el capitán indicándole que tenía sus culebrinas ocultas a cola de retaguardia, tal vez no esperaba una felicitación formal, pero sí al menos una medio sonrisa o una palabra de aliento. No fue así. Sin hacer gesto alguno que pudiera interpretar como una mínima señal de aprobación, se giró inmediatamente hacia Niccoló y le dijo:

- Llévate al sargento Blasco y a diez o doce arcabuceros napolitanos con las dos culebrinas y os escondéis entre la maleza de la loma de la derecha sin que os detecten. Nosotros nos abriremos hacia la zona boscosa de la izquierda para tentar al ejército francés a que nos ataque por el centro. Así quedarán entre nosotros y vosotros, pudiendo ser bombardeados desde vuestra posición. Para cuando os detecten y vayan a por vosotros, nosotros habremos maniatado a la parte principal de la vanguardia francesa y podremos apoyarnos.

Paolo no preguntó nada ni añadió un solo comentario. Convertir a diez o doce arcabuceros en el cebo al que acudiría todo el ataque francés, por mucho que tuvieran el apoyo de dos culebrinas, era poco menos que un acto suicida. En vez de quejarse o denotar dudas, el bravo soldado milanés asintió y comenzó a reunir a sus compañeros como le había indicado el capitán. Le dijo también a Larraún que le acompañara, pues había sido artillero con anterioridad y se fiaba de su criterio.

La tarde iba cayendo y la situación había empeorado bastante entre las huestes católicas. Yo ya había tenido que replegarme a retaguardia y el capitán seguía batiéndose en primera fila junto a los piqueros y el alférez Mont-rás. Cada vez había más bajas de uno y otro bando, pero el intercambio de piezas no nos beneficiaba, habida cuenta de que seguíamos siendo bastantes menos.

Con el ocaso saltó la sorpresa y las culebrinas de Niccoló comenzaron a hacer estragos en las filas francesas. Ahora el ejército protestante se encontraba entre fuego cruzado sin saber bien contra quién confrontarse antes. En una decisión lógica, la mayor parte de las fuerzas hugonotas decidieron remontar la colina para tratar de asaltar las posiciones elevadas que mantenían los arcabuceros napolitanos y así evitar que las bombas siguieran impactando en el pleno centro de su formación. Además desplazaron a pie de la colina sus pocas piezas de artillería en busca de contrarrestar las que había plantado Niccoló, si bien es cierto que su efecto de abajo hacia arriba era mucho menor.

Mientras, la pequeña dotación de caballería reservada por Mendoza hizo su irrupción en el centro de la llanura sembrando el pánico y el desorden en la ya maltrecha moral de los franceses que se habían visto acosados y sorprendidos por todos sus flancos. La retirada no se hizo esperar y el conde de Genlis herido en la refriega hizo sonar la corneta que marcaba una nueva victoria de los tercios españoles en Flandes. Entre aquella noche y las dos jornadas posteriores pudimos capturar a más de 3.000 prisioneros.



**Adrien d'Hangest, conde de Genlis**

Ya era prácticamente de noche cuando conseguimos liberar de su cerco a los escasos combatientes italianos que quedaban con vida en la cima de la colina; apenas cuatro, uno de ellos el bueno de Niccoló. En ese momento, un grito rasgado rompió la noche en mil pedazos como si de un espejo se tratara. Se trataba de Alessandro Maniari, que gritaba y sollozaba desconsolado por la muerte de su hermano Antonio. De súbito se levantó desairado señalando hacia el capitán e increpándole con unas eses muy líquidas y un marcado acento napolitano:

- Es culpa tuya, bastardo castellano, querías que nos matasen a todos, *figlio di puttana*.

Todos mirábamos la escena con cierta distancia y hastío, pues bastante habíamos combatido ya. El capitán se dirigió calmado pero directo hacia Alessandro, alzando una mano. Parecía que se iba a disculpar o que lo iba a abrazar, lo cual, dicho sea también, no hubiera parecido sensato, pues el soldado de Nápoles iba hecho una furia y aparentaba querer matar al capitán.

En un último y sutil movimiento, Gonzalo Mendoza sacó una afilada y pequeña puntilla de su manga izquierda incrustándosela en la sien a Maineri, quien, con una mueca de sorpresa e incredulidad, cayó fulminado inmediatamente, muerto en la misma batalla que su difunto hermano. Un silencio sepulcral se impuso en todo el Campo de la Alondra.

- No quiero ni un solo acto de insubordinación en esta compañía- exclamó a voz en grito el capitán, y añadió remarcando el posesivo: en MI compañía, ni uno.- Tras exhalar el gélido aire neerlandés concluyó más calmado: Oíganlo vuestas mercedes, que estamos aquí para mayor gloria de Dios y de nuestro buen rey don Felipe; si alguien quiere vivir hasta viejo ha venido al lugar equivocado.- Luego miró a Larraún que gemía lastimosamente en el suelo y añadió: -atended a los heridos.

Nadie dijo nada más y nos retiramos a montar el campamento. Aquella noche por primera vez en muchas el cielo se abrió y pudimos ver las estrellas. Muchos lo interpretaron como señal inequívoca de que Dios estaba de nuestro lado. Yo no había pasado más miedo en toda mi vida, ni siquiera cuando estuvieron a punto de apresarme un año antes, y a partir de esa noche se me pusieron unos nervios en la boca del estómago, como si alguien me estuviera pellizcando la barriga, que no se me fueron hasta mucho tiempo después y que me mantuvieron siempre alerta y activo.

### **Cartirana, Señorío de Larrés, 8 de julio de 1571**

- Ahora sí que nadie va a poder ayudarte Martín Ara, maldito mequetrefe, sal de ahí y afronta la situación como un hombre-, gritó aporreando la puerta don Francisco de Urriés, ínclito heredero del señorío de Larrés y todas sus villas, de probada pureza de sangre y, a la sazón, bastante botarate y un tanto cretino.

Azorado y con el corazón a punto de salirme por la boca me vestí a toda prisa. La miré con lástima porque intuía que esta vez nuestra despedida iba a sonar más a un “hasta siempre” que a un “hasta la próxima”. Qué bella era, con sus ojos azul escarcha y su pelo negro caoba. Aún a sabiendas de la respuesta, me atreví a volver a sugerirle:

- Déjalo todo y vente conmigo. Partamos a las Indias y empecemos de cero. Yo te quiero, te adoro y...-no acabé la frase pues ella negaba lentamente con la cabeza.
- No puedo Martín, mi chico guapo, sabes que no puedo, ¡qué deshonra para mi familia!
- ¿Pero tú me quieres, Juana?
- ¿Pues claro que te quiero Martín, ¿cómo puedes preguntarme eso?- me dijo mientras comenzaba a llorar amargamente.- Sé que eres el hombre de mi vida y que jamás hallaré a nadie como tú.- De repente paró el llanto en seco y añadió de forma bastante más fría -Ahora debes irte y vivir feliz tu vida.
- Pero, pero...- se me agolpaban un montón de ideas que no era capaz de ordenar desde un “no entiendo nada”, hasta un, “haré lo que sea menester” pasando por un más lamentable “¿pero cómo voy a vivir feliz la vida si no es a tu lado?”, pero de todos esos pensamientos me sacaron de golpe los porrazos que estaba recibiendo la puerta y cuyos goznes parecían ya próximos a ceder.
- Ven Martín, creo que lo más seguro es que saltes a la calle desde aquí- dijo Juana tomándome del brazo y acercándose a la ventana.



**Paisaje del Pirineo oscense, s. XVII**

Me asomé de forma mecánica, medio hechizado, absorto en mis mis propios pensamientos, tratando de argumentar una gran disertación sobre el amor con la que convencer a Juana, aunque sabía que cualquier esfuerzo que realizara por hacerle entender que teníamos que estar juntos sólo conseguía alejarla más.

Me devolvió a la realidad la visión a través de la ventana abierta. Recordaba la altura desde esa habitación bastante considerable aunque jamás me vi en la tesitura de emplear la ventana como mecanismo de entrada o salida al edificio, no en vano, en esa casa había estado infinidad de ocasiones, aunque siempre había empleado la escalera la principal en mis visitas, digamos oficiales, o la de servicio para mis encuentros furtivos con Juana. Efectivamente, los tres pisos que mediaban entre donde nos hallábamos y la calle eran demasiado para mí y mi recién descubierto miedo a las alturas.

A Juana Beltrán la conocía desde chico pues éramos vecinos. Siempre jugamos mucho y, a decir verdad, nos gustaba realizar las mismas fechorías; correr por el bosque, lanzar piedras manchadas de barro a la ropa limpia de la señora Tomasa, perseguir a los gatos del pueblo, robarle la bota de vino al alguacil y beberlo a escondidas... Al final pasábamos tanto tiempo juntos y disfrutábamos tanto de la compañía el uno del otro que fue lo más natural comenzar a entendernos como pareja desde que cumplí los quince. La aparición del señor de Urriés como pretendiente un par de años después al principio distó de preocuparme, pues Juana no se lo tomaba en serio y yo lo interpreté como una trastada más de la espontánea y alocada Juana.

Hubiera sido en parte un consuelo que el señorito hubiera escogido a Juana por lo divertida que era, por su belleza o por su astucia, pero no fue por sus múltiples virtudes. Hubiera sido un signo de inteligencia, pero Francisco de Urriés no contaba con ella entre sus cualidades. El padre de Juana, un honrado labriego, poseía una gran extensión de viñas colindantes al castillo de Larrés, muy cerca de Cartirana, y el deseo del joven noble era anexionárselas a sus condominios. Además, la economía de los Urriés hacía aguas, más preocupados por organizar monterías que por roturar sus campos con cierto criterio. El padre de Juana, Antonio Beltrán, era un hombre muy aplicado y ahorrador que había conseguido reunir unas pequeñas reservas que, lejos de poder considerarse como una fortuna, sí les daba a la familia una posición desahogada. Francisco de Urriés se relamía calculando la cantidad a la que podía llegar la dote. Él aportaba al matrimonio un título nobiliario y un castillo. Ahí es nada. Yo me dedicaba al pastoreo de cabras. Evidentemente como pretendiente no era rival para Francisco de Urriés.

Pero la cosa se puso seria y el pretendiente pasó a prometido. Nosotros seguíamos obrando igual, pero era evidente que al joven y cornudo noble, por el motivo que fuera, no muy difícil de entender, yo no le hacía gracia... y tampoco le culpo. Tratamos de mantener la farsa lo humanamente posible, pero la boda era en un par de meses y mi sola presencia en las villas del señorío se había vuelto inasumible de todo punto de vista.

- Ni loco Juana, vamos, yo no me tiro desde aquí ni loco.- Volví de mis pensamientos a la ventana.



Nos miramos. Quizá fuera la tensión o lo inapropiado del momento pero ambos nos echamos a reír con ganas como cuando éramos pequeños. Siempre nos divertíamos juntos y reíamos mucho, éramos un poco inconscientes supongo. Había sido una idea muy poco elaborada pensar que se podía saltar desde allí. Nos besamos con fuerza y nos abrazamos.

- Te voy a echar de menos, pequeña.
- Lo sé- dijo hundiendo su cara en mi cuello mientras volvían las lágrimas a descender por sus sonrosadas mejillas.- No sé qué voy a hacer sin ti.

En esos momentos no sabía si sentía más dolor del amor que se perdía o desconcierto de no entender la manera de resignarse de la bella Juana y de no luchar por un futuro común. En ese instante se me pasó la idea de huir por la ventana y, si quedaba desmenuzado contra el suelo, mejor; así acababa el sufrimiento, pero luego caí que lo más probable fuera que me quebrara una pierna y no muriera del todo y aún encima Don Francisco me molería a palos aprovechando que no podría moverme con presteza, algo que solía hacer con cierta facilidad, pues era una habilidad bastante útil para encorrer a las cabras descarriadas.



- Mira, me voy por la puerta y que sea lo que Dios quiera.- La puerta estaba ya medio desencajada así que pensé en darle una patada con todas mis fuerzas y salir corriendo, mi especialidad. - Un día, cuando sea un hombre de fortuna, volveré a por ti.
- Sé que me arrepentiré siempre de este día y de no haberme ido contigo.- Mi cara de incredulidad debió de ser un poema y fui a responder, pero Juana se debió percatar y añadió: -...pero no puedo Martín, no estoy preparada, quizá más adelante.

Pero, más adelante... ¿Cuándo? ¿Mañana? ¿El mes que viene? ¿En treinta años? Estas preguntas me desbordaban, pero ya no las hice porque era evidente que ni Juana sabría que responderme y mi vía de escapatoria tenía tintes acuciantes.

Cogí carrerilla y golpeé con todas mis fuerzas la puerta con mi pierna derecha haciendo saltar los goznes y empujando la puerta con violencia hacia el exterior de la estancia. Justo en ese preciso momento don Francisco se había inclinado para ver a través de la cerradura qué estábamos haciendo dentro, por lo que el pomo se le debió incrustar en su ojo derecho. Alivio fue mi primer sentimiento al ver que la puerta caía hacia fuera de la habitación. Del alivio pasé al estupor al ver la sangre brotando a chorro del ojo del señor del castillo y gritando como un becerro. Se ve que el estupor es una emoción bastante contagiosa pues Daniel Leví, un judío que acompañaba a don Francisco a todos lados como sirviente, quedó tan impactado con la dantesca escena que, dando un brinco hacia atrás, tropezó con la barandilla del patio interior cayendo de espaldas contra el pavimento de tres pisos más abajo.

Me asomé y el charco de sangre alrededor de la cabeza del sirviente no presagiaba una recuperación muy venturosa para ese pobre y desdichado converso.

Sin tiempo ni motivación real para brindar mi ayuda a ambos heridos, decidí salir por piernas bajando la escalera como un ciclón y desaparecer de mi aldea natal hacia el bosque sin ni siquiera tener la pericia de pasar por mi casa para despedirme de mi madre o coger provisiones, lo cual hubiera sido una idea bastante oportuna, habida cuenta de que no tenía un plan ni sabía muy bien dónde huir o qué hacer y lo que es peor, cuántos días, meses o años debía permanecer oculto.

Pasé de los Capitiellos a Punta Güé para luego bajar y volver a ascender por Oturia. Daba vueltas errático, sin saber muy bien a dónde ir, pero sí había decidido no quedarme quieto mucho tiempo.

Al descender Oturia me crucé con un par de viejos pastores de Latas a los cuales conocía. Había pasado sólo día y medio de mi abrupta salida del pueblo pero yo ya tenía mucha hambre, estaba sucio y cansado. Ellos me ofrecieron de sus viandas, me proporcionaron algo de ropa y lo que me pareció más interesante, me pusieron al día de los acontecimientos en Larrés.

- Ay Martinico, ¿aún estás en Oturia? Pues si hay gentes del señorito que ya te están buscando en Huesca y Jaca- decía uno.
- Ahora bien, Martín, yo en tu lugar preferiría que me pillaran los hombres de Urriés antes de que te pille tu madre... porque como te pille te mata. Ahora tiene que sacar ella a las cabras todos los días. Luego se alegraría de volver a tenerte en casa pero primero te mata- dijo el otro con una amplia sonrisa burlona.
- El joven Francisco se ha quedado tuerto, dice que te va a sacar los dos ojos en cuanto vuelvas por Cartirana y el judío que siempre le acompañaba, bueno ¿cómo decirlo? Ahora estará ante el altísimo, expiando sus pecados de marrano... -ambos pastores rieron.- Dicen que lo tiraste por una ventana.
- Qué va, se tiró él, fue todo un accidente, qué horror.- Me tapé los ojos con las manos- ¿Me habrán denunciado a las autoridades?
- Hombre, pues claro. Piden la pena capital y cualquier lugareño que te vea está obligado a apresarte- volvió a decir el primero de los pastores que se llamaba Rafael.
- Pero vamos, que eso lo hagan los alguaciles, no creo que nadie en el pueblo les vaya a hacer el trabajo, que además, con lo agarrados que son los Urriés, no han ofrecido ni recompensa ni nada por tu cabeza- rio de buena gana el otro que se llamaba Vicente.
- ¿Pero y Juana está bien?- pregunté por mi enamorada.
- Se ha quedado un poco trastornada, se pasa el día sollozando y apenas sale de casa pero su honra sigue intacta- empezó a explicar Rafael. - Se conoce que el señor de Urriés pudo ver por la cerradura cómo estabas tratando de iniciar a Juana en un rito herético o algo así.
- ¡¿Qué?!- Este giro de los acontecimientos no lo esperaba.

- Ah, escucha, que se nos ha olvidado contarte...- seguía riendo Vicente de manera que no era posible discernir qué cosas las decía en serio y cuáles formaban parte de su chanza con Rafael- Que también te busca el Tribunal del Santo Oficio. Como te pillen ellos date por finado.
- ¡Nooo, qué desastre, la Inquisición no!- me vine abajo.- Ya nada puede salirme peor.
- Bueno, en realidad sí, mocé, porque la boda de Francisco Urriés se ha adelantado a mañana.- Ahora Vicente había dejado de reír.

Ya no pude aguantar más y lloré amargamente. En mi cabecita enajenada por el amor sólo podía pensar cómo reunir un ejército, vencer a los hombres de Urriés, ofrecerle unas tierras a Juana e incluso un castillo y vivir felices hasta el fin de los tiempos..., pero eran todo pensamientos muy alejados de mis posibilidades reales.

Los pastores siguieron hablándome de las cosas que habían pasado esos días en la comarca. Se había quemado una Tahona en Orós, en Larrede un lugareño había muerto al caerle un árbol encima, el alcalde de Espuëndolas sufría de un mal extraño que lo tenía postrado hacía días y un capitán de reclutamiento había llegado por la mañana al castillo de Larrés e iba a estar hasta el día siguiente.



Sumido en mi tragedia personal, que realmente no era tal, no presté atención alguna a las historietas que iban contando los pastores. Sólo podía pensar en cómo recuperar el amor de Juana, cómo reunir un ejército y cómo salir del lío en el que me había metido. Ojalá pudiera ser como el capitán que tenía que reclutar en Larrés. Así podría conseguir un ejército con el que batir a Urriés, prestigio para reconquistar a Juana y caballos para salir pitando de allí. Un momento, quizá enrolarme podría ser parte de la solución a mis problemas. Quizá no me permitiera reunir un ejército de primeras, vamos eso seguro, pero por lo menos me brindaba un estuendo plan de fuga del valle.

Les supliqué a Vicente y Rafael que se quedaran conmigo aquella noche y me ayudaran a bajar a Larrés oculto entre sus vacas y ambos accedieron sin demasiado entusiasmo.

- Ay Martinico, si la única arma que has empuñado en tu vida es el azadón, que te nos van a matar- me dijo Vicente.

Tenían toda la razón, pero en verdad ambos entendían que era la opción más airosa para salir con bien de aquella situación.

Esa noche no pude dormir de puros nervios. Había fantaseado con viajar a las Indias a hacer fortuna o convertirme en un soldado admirado por su fuerza y destreza. Pero la realidad es que jamás tuve la disciplina y la capacidad de sacrificio que se requiere, no sabía nada del manejo de armas y francamente pensaba que cualquier bala perdida acabaría con mi vida nada más comenzar mi carrera militar.

Poco antes de llegar al castillo los dos viejos pastores me ensuciaron el rostro con pelos de animal y barro, me pusieron una vieja manta a modo de capa que embadurnaron en excremento de vaca para darme un aspecto y un olor que mantuviera alejados a cualquiera de los centinelas de Larrés e hiciera imposible reconocerme. Además dimos por cierto que nadie en su sano juicio me buscaría dentro del castillo en el que me querían encerrar de llegar a prenderme.

Superé sin dificultad las puertas del castillo sin que nadie reparase en mí, supongo que por el olor que desprendía y el asco que debía dar y ya desde ahí pude atisbar, justo en un lateral del patio de armas, la mesa donde varios hombres esperaban pacientemente a los voluntarios que quisieran alistarse.

La llamada a filas no tenía mucho éxito en estas zonas pirenaicas pues la mayoría de los jóvenes eran necesarios para llevar las haciendas o pastorear el ganado. En una tarima cuadrangular un poco elevada en una de las esquinas del castillo se iban sentando los nuevos reclutas. Allí pude observar a siete u ocho jóvenes a los cuales no conocía, señal inequívoca de que habrían llegado de otros puntos del valle.

Me lavé someramente en la fuente del castillo sin mucha prisa y me aproximé a la mesa de reclutamiento. En su centro se situaba alguien, quien evidentemente era un escriba, con su pluma y sus legajos, y en su lateral, tres personas barbudas con apariencia de matachines que charlaban animadamente. Detrás de ellas había un alférez alto y paliducho con lo que identifiqué que debía ser el estandarte de la compañía, con una gran aspa roja de lado a lado sobre un fondo a rayas blanco y amarillo, y un pífano y un tambor, ambos casi niños, que no dejaban de taladrar los oídos de todos los presentes con una animada pero muy repetitiva tonada de ritmo militar. Yo esperaba que allí hubiese un ejército y, la verdad, no pude evitar sentirme decepcionado con ese tropel que apenas podría defenderme de los hombres de Urriés si venían mal dadas. Aun así, como no tenía ya otra salida me dirigí decidido hacia el escriba presto a alistarme.



**Mesa de reclutamiento para los tercios de Flandes**

En ese momento raudo y dejando la conversación a mitad se levantó la persona sentada más a la izquierda de la mesa, un cuarentón con la barba algo mejor perfilada que sus compañeros de plática y ademanes educados.

- Capitán Gonzalo Mendoza, ¿deseáis alistaros en nuestra compañía?- dijo descubriéndose e inclinando levemente la cabeza.

Tal vez fuera su aplomo, algo que sin duda me hubiera gustado tener, sus astutos ojos verdes que me miraban con firmeza o quizá su capa raída y espada afilada que colgaba del cinto, inequívoca señal de fogueado en batalla lo que me mantuvo tan impresionado que no fui capaz de articular palabra y tan sólo asentí.

- Bien muchacho,- continuó el capitán- debéis saber que según la orden real para levantar este reclutamiento mientras duren tus servicios a la Corona serán perdonados todas las penas o faltas, teniendo que responder por ellas a tu regreso, ¿Estáis conforme con eso?

Era lo que esperaba oír para escapar de mi trifulca con el señor de Larrés, pero aún por el influjo de la mirada del capitán sólo logré asentir.

- Estupendo, muchacho, decid vuestro nombre al escribano, firmad, y si no sabéis hacerlo bastará con que marquéis una X donde os indique y recibiréis vuestra primera moneda para formalizar el contrato. A partir de ese momento vuestra vida pertenecerá a nuestro buen rey don Felipe y, por delegación a mí en su defecto.
- Me llamó Martín...- me interrumpí. Si daba mi nombre y apellido real sería fácil que al leer la lista de reclutamiento el señor de Urriés diera conmigo al día siguiente y con un ejército tan exiguo como aquel podía darme por muerto. Así que debía pensar al menos un apellido falso para poder zambullirme en el anonimato del ejército. Pero la imaginación no era lo mío y sólo se me ocurrió decir la ciudad de donde partían los viajes para las Indias donde en mi plan inicial pensaba fugarme con Juana- Martín de Sevilla.
- Jajajaja- rio de buena gana el capitán.- ¿Habéis oído esto tan jocososo?- gritó interpelando a sus dos compañeros de conversación previa a mi reclutamiento.
- Ferrán, Jorge, aproximaros a conocer al andaluz con menos acento de la cristiandad.- Ellos se levantaron sin mucho entusiasmo y se acercaron pero no dijeron nada. La sonrisa del capitán se tornó en un rictus serio y una mirada gélida.- Mira muchacho, a mí no me tomes el pelo. No quiero saber el por qué, pero si te vas a inventar un apellido procura que tenga sentido porque sino es cuando sí levantas sospechas. No hay ningún lugareño que se llame de Sevilla en todo el Pirineo, hasta un niño de teta lo sabría.

Empecé a balbucear buscando una excusa o un apellido mejor, pero estaba claro que el capitán no quería oírme hablar más.

- Apunta escribano; Martín de... ¿Cómo se llamaba el alto por el que cruzamos ayer al salir de Sabiñánigo? ¡Ah, sí! Anota escriba; Martín de Cartirana- y se volvió hacia mí de nuevo:- ¿Qué sabes hacer? ¿Has manejado algún arma?

Como seguía estupefacto de la manera en la que el capitán había adivinado el nombre de mi villa casi de forma mágica y aún avergonzado por el descubrimiento de mi burda mentira sólo pude arquear los hombros en señal de no saber nada de nada así que el capitán añadió:

- Bien, regístralo como mochilero pero a juzgar por la edad que debe tener y su altura le adiestraremos en el manejo de algún arma que nos puede ser útil.- Y se volvió de nuevo hacia mí con una media sonrisa. - ¿Verdad que no quieres ser un inútil?

Entendí que la chanza formaba parte de la regañina por haberle tratado de engañar así que no respondí, firmé como pude y me dieron la moneda, la primera moneda de plata que había ganado en mí, hasta el momento, desastrosa vida. Me senté en el entarimado a esperar que cerraran la mesa de reclutamiento y poder abandonar de una vez el castillo de Larrés al que había entrado azorado y del que me iba a ir avergonzado.



**Vistas del Castillo de Larrés en la actualidad**

Poco a poco me fui serenando y ya casi me vi a salvo cuando entraron en la plaza cinco hombres de armas de los que suelen acompañar a los señores del castillo. Al frente iba un capataz fortachón y malencarado que solía golpear con una vara de fresno a todo aquel a quien le venía en gana hostigar. Fueron a la fuente a refrescarse pasando muy cerca del entarimado donde me hallaba. Mis esfuerzos por pasar inadvertido girándome y ocultando como podía mi rostro con la mano fueron de todo punto infructuosos, pues escasos instantes después varios de ellos estaban dándose codazos y cuchicheando, señalando en mi dirección. Cuando la conversación llegó a oídos del capataz, a este pareció iluminársele la mirada y a grandes zancadas se dirigió donde yo estaba. No llegó a subir el entarimado porque la firme mano del capitán Mendoza se posó en su hombro:

- Discúlpeme, vucencia, pero no podéis subir allí sin haber sido antes registrado como soldado.
- ¡Oh, no!- respondió torpemente el capataz.- Sólo quiero atrapar a ese mequetrefe; se le acusa de crímenes terribles contra personas distinguidas de este señorío.
- Ya supongo y me gustaría poder complaceros,- dijo en aparente consternación el capitán- sin embargo el muchacho en cuestión ha firmado un contrato con la Corona y es a su Majestad el rey a quien compete lo concerniente a su vida. No obstante, a su regreso...- hizo una pausa para proseguir con una frase que me congeló la sangre del cogote a los pies- si es que regresa de Flandes con vida claro, podrá hacer frente a cuantas acusaciones le queden pendientes. ¿Veis?, esto podéis leerlo aquí- añadió acercando unos legajos al hombre de confianza de los Urriés.
- No hace falta, no sé leer- respondió de forma zafia- pero estamos en los dominios de mi señor.
- ¿No sabéis leer? ¿Quién lo habría dicho?- ahora el capitán mantenía una actitud burlona que no lograba comprender su interlocutor. - Permitidme que me presente soy...

El capataz dio bruscamente un manotazo para retirar el brazo del capitán de su hombro y exclamó a pleno pulmón:

- Me importa un cagarro quién seáis, he dicho que me voy a llevar al muchacho y si para eso tengo que llevaros por delante no dudaré en hacerlo.

Su exabrupto no pasó inadvertido para los dos compañeros de chanzas en la mesa del capitán que de nuevo se levantaron, pero esta vez llevándose la mano al cinto. También el alférez dio unos pasos hacia adelante con su pica en ristre pero el capitán los detuvo a todos:

- Calma por favor caballeros, estamos ante cinco aguerridos hombres de armas de este fabuloso castillo. No sería justo inmiscuirnos todos en un tema tan digamos local.

El capataz sonrió subiendo ya al entarimado pensando que había vencido. Yo me desesperé pensando el triste final que me esperaba, posiblemente ejecutado al día siguiente y el resto de comparecientes parecieron relajarse.

- Sin embargo,- añadió tímidamente el capitán- a título personal, como capitán que ya soy de este hombre, me veo obligado a insistir.

No dio tiempo a que hubiera respuesta pues finalizada la frase el capitán golpeó con su puño izquierdo cerrado en la aguiña narizota del capataz. De la fuerza que llevaba el gancho, el hombre de Urriés cayó del entarimado al suelo de plaza con la nariz reventada.



En un rápido movimiento el capitán sacó simultáneamente la espada con su mano derecha y golpeó con su cazoleta en toda la cara del segundo de los hombres de la comitiva que cayó de rodillas llevándose las manos al rostro. Luego impulsó ese mismo brazo adelante para pinchar en el brazo al tercero y sacó rápidamente su espada para detener el golpe que le iba a propinar el cuarto de los hombres con su estoque. Giró su espada efectuando un ágil bordón que acabó por desarmar a este hombre que, asustado, dio varios pasos atrás. La punta de la espada del capitán continuó en frenético movimiento para detenerse justo en el cuello del quinto de los matones del castillo que aún estaba desenvainando.

- Yo de vos no lo haría- le conmino el capitán negando con la cabeza, y este soltó el arma y levantó las manos en clara señal de rendición. - Bien,- continuó diciendo el capitán- si tienen la bondad vuestas mercedes, recojan sus pertenencias y sus cagarros- remarcó esta palabra en referencia a la proferida por el capataz- y marchen a decirle a su señor que el acusado se ha enrolado al servicio de la Corona para servir en Flandes pero que cuando regrese estará encantado de responder ante la justicia de los delitos que se le imputan, ¿verdad muchacho?

No pude llegar a responder totalmente maravillado. Yo creía que el capitán me iba a dejar capturar y en realidad acababa de presenciar una imponente demostración de esgrima. Los hombres del capitán reían animadamente y mientras los hombres de Urriés se recomponían. Los dos últimos en entrar en liza, ambos ilesos, recogían al capataz completamente inconsciente y con la nariz aplastada y sanguinolenta, otro se sujetaba el brazo que también sangraba profusamente mientras emitía continuos quejidos de dolor y el último, aún de rodillas, recogía del suelo algunos dientes que la cazoleta de la espada del capitán le había hecho saltar.

- Creo que es hora de cerrar el reclutamiento y marchar, haremos noche de camino mejor por no importunar más a los señores del castillo que además hoy están de celebración- dijo en voz bien alta Mendoza para que se pudiera oír por todo el patio de armas. El recuerdo a la celebración de la boda que había tenido lugar me dio un nuevo pellizco al estómago.

Salimos del castillo antes del anochecer. Luego supe que el capitán había concertado con los señores de Larrés pasar la noche en sus propiedades pero que tras el incidente con los hombres de Urriés cambió de planes y acabamos dormidos en una incómoda borda fuera del señorío, lo cual me granjeó bastante antipatía entre mis nuevos compañeros de armas. A eso no se le puede llamar precisamente caer de pie en un sitio. Mis planes eran una sucesión de continuos dislates y aún debía reconocer que estaba casi obligado a sentirme afortunado por seguir con vida.

Antes de despuntar el alba del día siguiente ya estábamos camino de otras latitudes más al norte para continuar con los reclutamientos. Abría la marcha el alferez con el estandarte con el que pude hablar algo la noche anterior y que resultó tener un trato muy agradable y hasta refinado y la cerraba el capitán montado a caballo. Cada paso que dábamos en dirección opuesta al castillo era un respiro de alivio para mí.



Súbitamente el alivio se tornó en falta de oxígeno al cruzarnos con el séquito de una montería con hombres a caballo, perros y un sinfín de asistentes. Fácilmente distinguible a la cabeza de la montería sobre un caballo bastante lozano se situaba una persona tuerta con un parche en el ojo. A su mano izquierda un hombre rudo con un ojo a la funerala y la nariz tapada en vendajes. A su mano derecha, un hombre con el brazo en cabestrillo y otro con los morros hinchados y una sonrisa horrorosa en la que se echaban a faltar varias piezas dentales.

Visto con cierto distanciamiento la cabecera de la comitiva daba entre pena y risa y ese pensamiento por un segundo iluminó mi rostro. Luego reparé en que muy posiblemente el capitán acabara entregándome al séquito del señorito que iban armados para cazar y nos triplicaban en número. Reparé también en que no estaba Juana con su flamante y recién estrenado esposo. Ella detestaba la caza y no me pareció a mí muy normal salir de montería el día después de la noche de bodas; desde luego no es lo que yo hubiera hecho. El capitán espoleó su caballo y se acercó al séquito de Urriés.



Escena de una montería s. XVII

- Buenos días, don Francisco, permitidme expresarle mis felicitaciones por su casamiento y mis más humildes disculpas por abandonar de forma tan precipitada las posesiones familiares, pero los menesteres del levantamiento de leva nos han llevado a adelantar nuestra marcha.- Por toda respuesta el señor Francisco se limitó a escupir al suelo de la forma más burda que pudo. El capitán continuó como si de una conversación gentil se tratara.- Hacedle extensiva, por favor, mi gratitud a su señor padre y hacedle partícipe de mi más alta consideración.- Y dicho lo cual se tocó el ala del sombrero con su mano derecha y continuó la marcha a caballo. La comitiva del señor de Urriés permaneció inmóvil junto al camino mientras nosotros continuábamos andando. Al llegar a la altura, don Francisco me dedicó unas palabras:
- Ay Martín, mientras tú estás en un foso en Flandes disfrutando de las vistas yo disfrutaré de mis buenos vinos, de mis suculentos asados de caza y de yacer con esposa hasta cansarme- y soltó una risotada desagradable.
- Lleváis razón señor,- respondí resignado, pero luego añadí con algo de sorna y un tanto envalentonado porque parecía que la figura del capitán evitaba las tentaciones que debía tener el señor de Larrés de capturarme- porque vos, disfrutar de las vistas, no lo podéis hacer ya, al menos no completamente- mientras me llevaba un dedo al ojo para hacerle entender lo que quería decir. Urriés frunció el ceño y me miró con rabia. Pero no hizo más y continuamos cada comitiva por nuestro lado.

Al dejar el río y adentrarnos en el bosque una silueta encapuchada de raso nos ininterrumpió el paso. Lo que nos faltaba, unos salteadores. Pero no, era Juana. Yo no sabía dónde meterme. Busqué con la mirada al capitán pero este hizo caso omiso, indicándome de esta manera que no se iba a volver a detener la marcha por mi culpa. Aun así, salí de la formación a abrazarla y nos besamos.

- ¿Estás bien, te ha hecho algo ese miserable?- pregunté preocupado.

- No, Martín, qué va, si no me hace ni caso, si para él no existo- se detuvo y añadió: -nadie me mira como me miras tú.- Me volvió a besar y añadió con lágrimas en los ojos:-No lo olvides, mi chico guapo. Te quiero y siempre lo haré. Siempre me arrepentiré de no haberme fugado contigo, pero es algo que no se podía hacer y ya está.

¿Cómo qué “y ya está”? Se me ocurrieron 100.000 objeciones y otros tantos mil motivos para que dejase plantado al pasmarote ese y fugarnos juntos...aún estábamos a tiempo. Pero no, en vez de eso preferí recordar algunas vivencias que habíamos tenido en común:

- Recuérdame en los atardeceremos como cuando solíamos ir a ver ponerse el sol sobre el Puente de Sardas, y también cuando tengas un ataque de risa como cuando ensuciábamos la ropa de las vecinas o también cuando furtiva agarres un odre de buen vino como el que le quitábamos al tío Ramón sin que se percatara... Tenme presente porque un buen día volveré por ti y no habrá quien me detenga.

Ella ya no supo bien qué decir pues no podía discernir si lo que decía lo hacía en serio o fruto del entusiasmo y la emotividad del momento. En realidad yo tampoco. Dicho esto la volví a besar y salí corriendo hacia mi compañía que ya estaba bastante avanzada. En un recodo me esperaba parado sobre su caballo y con mirada severa el capitán:

- Sois muy populares por estos lares... una lástima-dijo melancólico.
- ¿Lástima señor?- no acertaba a comprender.
- Sí,- suspiró y azuzó a su caballo que salió al paso.- La gente tan popular dura poco en los tercios. Suele morir.- Y continuamos la marcha sin hablar apenas más.

Otra vez la melancolía y la opresión en la boca del estómago, que sabía a muerte y había sufrido días atrás oculto en los Capitillos, me perseguía. Eso y la certeza recién corroborada por el capitán de que no iba a durar mucho: si no me mataba el desamor, las penalidades del viaje o mi natural torpeza lo haría gustoso algún rebelde flamenco.

## Saint Ghislain- 23 de junio del año de Nuestro Señor de 1572

Completamente descompuesto. Así me encontraba yo entre el traqueteo de la caravana, los nervios por la misión que me había sido encomendada y el olor a muerto. El capitán había decidido no dejar testigos ni cadáveres de nuestra andadura sorpresa hacia Saint Ghislain y todos los potenciales testigos a lo largo del camino habían sido ejecutados y yacían a nuestros pies en la carreta. A mi vera Mont-rás con su recién estrenado cargo de sargento repiqueteaba distraído con los dedos sobre una espada larga que tenía apoyada contra el suelo mientras, al otro costado, Niccoló tarareaba alguna tonada de su tierra.

Frente a mí, el odioso Lope Garay me miraba inquisitivo con su bigotito y su pelo canoso. Lo odiaba profundamente desde que atravesamos los Alpes muchos meses atrás. Sucedió que el capitán me empleaba de mensajero entre la vanguardia y el cabecero del grupo y a toda pastilla iba subiendo y bajando mensajes. En una de esas resbalé, haciendo soltar unas piedras que fueron hacia atrás con tan mala suerte que impactaron con un mulero y su acémila repleta de pertrechos. La bestia pisó fuera del camino y cayó despeñada por el precipicio. El portador pudo agarrarse a un saliente a tiempo y salvó su vida.



El capitán visiblemente enfadado me hizo bajar al fondo del valle a recoger todo el material que portaba el borrico y repartirlo entre el resto de animales de carga de nuestro convoy. Como detalle, indicaré que el bueno de Paolo me acompañó en todas y cada una de mis cinco bajadas para poder acabar la encomienda lo antes posible. Al concluir de subir todas las cosas, ya casi anocheciendo, y reventado cual Sísifo castigado a subir una piedra a lo alto de la montaña para toda la eternidad, Garay tomo la palabra ante el capitán:

- Bien está que el chico- quizá no se le ocurrió en ese momento otro término más despectivo, aunque a mí, con la paliza que llevaba me supo a rayos,- haya subido lo que te ha tirado. Pero por su culpa nos falta una mula. La propia Biblia nos dice "*Oculum pro oculo*", tirémosle al fondo del barranco como ha hecho él con nuestra animal y así evitaremos que lo vuelva a hacer.

Había propuesto ejecutarme así, tranquilamente, como quien propone al capitán cenar habichuelas en vez de coles. Yo miraba ojiplático sin saber qué decir. El capitán dejó pasar unos instantes como si estuviera valorando la sugerencia y respondió:

- Nah, no creo que sea necesario- y continuó a sus cosas.

Desde ese día le cogí mucha manía a Garay. Por lo que sea, a quien propone despeñarte por un barranco no se le tiene en estima. Por eso, estar sentado frente a él con el nudo que tenía en la tripa, añadía un plus de incomodidad a la marcha. Más cuando empezó a hablarme:

- Debía estar bebido el maestro de campo al darte ningún tipo de responsabilidad en el asalto. Si estás cagado... ¿no lo oléis? Vas a hacer que nos maten a todos.- Sonreía e interpelaba a otros pero nadie le hacía demasiado caso pues todos íbamos o pensando en nuestras cosas o rezando en silencio para sobrevivir una jornada más. Yo permanecía impertérrito tratando de ignorarle. - La pena no fue despeñarte al cruzar las montañas.
- Ahora en serio Cartirana, - continuaba Garay- te voy a dar un consejo. Dame esa mano. Dámela, coño, que no me la voy a quedar.- Se la di de mala gana.
- Sobre todo que no te pillen por los flancos- exclamó vociferando mientras con su mano libre me pellizcaba el costado que había quedado desguarnecido haciéndome dar un bote de dolor.
- ¿Pero a vos que os pasa Garay?- me puse de pie rojo de ira.
- Calma y siéntate- me dijo Mont-rás también de pie agarrándome del hombro y mirándome con evidente enojo.
- Pero, pero si habéis visto que... - no acabé la frase pues el capitán Mendoza abrió la lona de la carreta con cara de circunstancias.
- ¿Se puede saber qué escandalera es esta? ¿No han comprendido vuestras mercedes que la discreción es fundamental para el éxito de esta misión.- Inspiró aire profundamente, me señaló con el dedo y dijo: - Vos, bajad.

Obedecí raudo. Siempre lo hacía pues sentía que a ese hombre le debía la vida desde el mismo día que me reclutó. Creía que me iba a regañar por las voces en la caravana pero no fue así. En cuanto nos quedamos a solas caminando detrás del convoy comenzó a decirme:

- Mirad, Martín, es muy importante que consigas que no se cierre la puerta de la torre y creo que debemos repasar el plan una última vez. En primer lugar, tenemos que conseguir bloquear con este carromato la puerta principal de acceso a la villa, sin eso no tendremos nada. Una vez estemos dentro tú debes rehuir el combate y centrarte sólo en correr hacia la torre, eso sí, impidiendo que otros centinelas den la voz de alarma antes de que llegues. Irás sólo con una espada corta y sin cota de malla para correr más liviano. Es una leve pero prolongada cuesta hacia arriba en línea curva por lo que, si somos discretos, es improbable que los guardianes de la torre te vean con mucha antelación. Sé que puede antojarse peligroso que llegues a evitar que la puerta se cierre porque, una vez allí sólo cuentas con tu arma. No la emplees para atacar a otros soldados pero sí para defenderte de sus ataques. Niccoló y Mont-rás te cubrirán las espaldas. Ellos sí que subirán armados por lo que pueden tardar un poco más que tú en llegar, pero has sido adiestrado bien y sabrás aguantar en esa puerta los pocos segundos que pasen hasta que ellos lleguen. Sabes que son mis dos mejores soldados.- Las palabras de Mendoza me daban sosiego aunque me surgían mil dudas.
- Pero señor si llego y me hostigan por los flancos- recordé al estúpido de Garay pellizcándome- no podré defenderme con sólo esta espada.

El capitán pareció pensar una solución mientras se acariciaba con una mano su barba recién rasurada.

- Toma- me dijo, y se sacó de la manga izquierda una puntilla que siempre le acompañaba y con la que fulminó a Manieri.- Cualquier otra arma te pesará y esta punta está afiladísima; llévala como yo, oculta en la manga izquierda y así defiendes un flanco con la espada y con el otro puedes lanzar cuchilladas a proximidad sin que se lo espere tu oponente.

No me pareció gran cosa pero era mejor que antes así que le agradecí el préstamo y volví a mi posición dentro de la carreta. Cuando volví a salir ya estábamos en Saint Ghislain.

Acabábamos de degollar en completo silencio a los dos soldados que venían a registrar la carreta. Precisamente el voluminoso carro había quedado detenido justo bajo la gran puerta de acceso a la ciudad de forma que, aunque ahora trataran de bajar las verjas, chocarían con las vigas reforzadas de la estructura interior y seguirían permitiendo el acceso a nuestros soldados. Van Tielt, ya más dentro, tenía agarrado al cabo de guardia y por debajo de la capa lo amenazaba con un cuchillo. Los demás soldados vestidos de mozos y arrieros iban ejecutando a los soldados que se les acercaban.



Ahí comencé la carrera. Por el rabillo del ojo pude ver a Mont-rás y a Niccoló seguirme a buen ritmo. Todo iba bien. Empezamos a oír gritos y confusión y algún choque de espadas por detrás de nosotros. El ardid había sido descubierto pero había dado sus frutos y ninguno de los rebeldes de atrás podría ya alcanzarnos. Sin embargo, un soldado holandés que vigilaba la puerta a cierta distancia, al vernos a tres supuestos mercaderes correr hacia el interior de la villa, en vez de venir a inquerirnos, comenzó a correr también hacia la torre. Luego pensé que las armas a la vista de mis dos compañeros de correría debían ser bastante motivo como para pasar de formalismos e ir directamente a pedir refuerzos.

El hereje al que perseguíamos parecía mayor y algo torpón por lo que al ir viéndose perder terreno fue abandonando sus armas por el camino. Ya lo teníamos bastante cerca cuando al llegar a un cruce de calles se topó con dos compañeros de armas, de ronda por la ciudad... pero qué mala suerte. Él les gritó algo en su idioma y estos vinieron flechados hacia mí, que era quien encabezaba la marcha, desenvainando su espada. Del primero esquivé su mandoble y pude oír como su hierro chocaba con algo metálico detrás de mí, señal que ya estaba en lucha con Mont-rás, pero al segundo no logré esquivarlo así que saqué mi espada corta como me dijo el capitán para detener su estocada. *Clanc* sonido vibrante metalizado y mi espada salió impelida a cinco brazadas de donde nos encontrábamos. El soldado flamenco alzó el brazo para darme el golpe definitivo con su espada y yo de corrido recité lo que pude de un padrenuestro para encomendarme al altísimo. En ese momento el hacha que llevaba Niccoló impactó de lleno en el pecho amenazador de mi contrincante haciéndole caer al suelo.

- Corre- me gritó mientras desincrustaba el hacha y seguía él mismo corriendo.

Reinicié la marcha a toda prisa y enseguida volvía a otear al primer soldado holandés que nos había descubierto que ya casi sólo andaba en vez de correr porque parecía que le iba a dar un vahído en cualquier momento. Hacía aspavientos y daba voces pero nadie parecía hacerle mucho caso. Ya se vislumbraba la imponente torre y a sus pies en una mesa cuatro soldados jugaban a la baraja. Eran los cuatro centinelas que debían custodiar el acceso y que andaban tan absortos con el juego que no se percataron de nuestra llegada hasta que no estuvimos realmente cerca. Adelanté al soldado mayor que ya respiraba con dificultad y no vi necesario hacerle nada, pues mi misión era ir directo a la puerta, pero Niccoló le propinó un rápido golpe que lo dejó por los suelos y medio destartado.

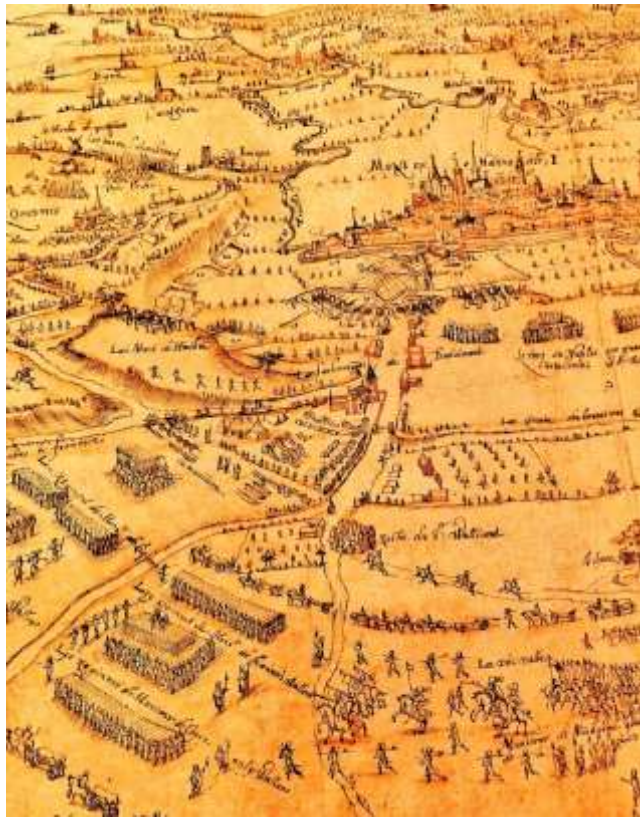
Ahora ya los cuatro centinelas sí eran conscientes de nuestra presencia pero dudaron si encerrarse en la torre o acercarse a combatirnos. Esa duda suya fue simultánea a la mía... ¿y ahora yo qué hacía?, no podía enfrentarme a ellos sólo con la puntilla del capitán por lo que instintivamente comencé a decelerar mi paso.

Al final ellos optaron por entrar en la torre y comenzar a cerrar el portón. Así pues, decidí apretar el paso a ver si llegaba a atrancar la puerta pero ya no pude hacerlo pues mis pies estaban como levitando. Resulta que Niccoló había llegado a mi altura y me sujetaba por el cuello y la cintura de mi saya con tal fuerza que mis pies apenas si tocaban el pedregoso camino. Con todas sus fuerzas Niccoló me arrojó contra la puerta que ya se cerraba, aunque aún sin el seguro por lo que saltó por los aires, rota en varias partes y yo caí sobre los cuatro desdichados flamencos que trataban de asegurarla a toda costa dentro del recibidor de la torre. Quizá una madera más seca no se habría quebrado así, pero esta vez el húmedo clima de esas tierras jugó a nuestro favor y la madera de la puerta estaba podrida.

Dolorido del costalazo y lleno de miedo saque la puntilla del capitán y empecé a lanzar navajazos a diestro y siniestro. A veces fallaba y la puntilla volaba por el aire sin impactar en su objetivo pero otras por los gritos y el tacto sabía que había dado a varios de los centinelas sin saber bien ni dónde ni a cuántos. Enseguida apareció Niccoló para rematarlos a todos, me dio la espada de un holandés y me dijo:

- Álzate, ahora lucharemos espalda con espalda.

Efectivamente por la escalera bajaron varios guardias totalmente atónitos pero que rápidamente nos rodearon, así que esa forma de luchar nos aseguraba al menos no morir atravesados por la espalda. No hubo tiempo para mucha lucha. Donde había estado la puerta apareció una silueta al trasluz alta y desgarrada blandiendo la espada como un loco en todas las direcciones. Era el sargento Mont-rás que aprovechó semejante puesta en escena para empezar a eliminar soldados enemigos. Rápidamente entre los tres dejamos ese receptáculo despejado de soldados protestantes. Digo entre los tres porque, aunque yo en esta fase de la lucha no di muerte a nadie, sí mantuve entretenidos a dos de ellos facilitando las acometidas de mis estupendos compañeros de armas. Comenzaron a llegar otros soldados de nuestra compañía al recibidor de la torre.



Plano de las operaciones en torno a Mons en 1572

Sin saber muy bien por qué, ya que mi misión se limitaba a mantener la puerta abierta, quizá fruto del furor de la batalla, inicié una vertiginosa ascensión hacia la primera planta seguido por este orden de Niccoló y Mont-rás. La sorpresa fue que al llegar al alargado pasillo de la primera planta, los rebeldes flamencos tenían un cañón cargado en el otro extremo del pasillo apuntando hacia nosotros. La idea era entre suicida y desesperada, pero no tuve tiempo a pensarla mucho y me limité a tirarme al suelo mientras oí la bala pasarme bien cerca. El estruendo del cañonazo me dejó sordo un buen rato y los restos de la explosión me cubrieron de vísceras, polvo y cascotes. Noté cómo las botas de otros compañeros me pasaron por encima. Todo se llenó de humo, no podía oír, ni ver y justo en ese momento creo que perdí el conocimiento.

Desperté fuera de la torre, mareado y cubierto de sangre y polvo. Seguía sin oír muy bien pero estaba vivo y no parecía tener heridas más allá de algún rasguño. Mont-rás me había echado agua en la cara para espabilarme. Tenía una buena herida en la frente que aún le sangraba pese a llevarla cubierta, tenía un aspecto muy sombrío:

- Paolo ha muerto, Martín- dijo Mont-rás apenas reprimiendo las lágrimas.- Estos bastardos nos cañonearon dentro de un edificio, ¿se puede estar más loco?
- Pero, ¿estás seguro?- no podía ser cierto, rezaba para que no lo fuera.

- Le alcanzó la bala del cañón ante mis propios ojos y...desapreció, se volatilizó, sólo quedó una de sus botas y restos de sangre por todos lados.

Contuve las lágrimas, pues, aparte de buen soldado, a mí me había tratado con justicia y seguramente me salvó la vida varias veces en el asalto a la torre de Saint Ghislain. Seguíamos en plaza de la torre y me encontraba mareado y aturdido. Todo eran ruidos a nuestro alrededor, gritos de flamencos espantados mientras soldados de nuestra compañía entraban en las casas y arramblaban con todo lo que podían, destrozando hogares y matando a los que se resistían. Miré extrañado la dantesca escena y luego dirigí mi mirada de perplejidad a Mont-rás.

- Nada, que han decretado dos días de saqueo para la tropa- me explicó Mont-rás- ¡Dos días Martín! Una villa tan diminuta en dos días de pillaje queda reducida a escombros.- Era la forma de satisfacer a los soldados habitualmente mal pagados que se cobraban así, en forma de botín de guerra, lo que no les llegaba por cuenta de la Corona. Sin embargo, no era habitual hacerlo en lugares que no se habían resistido por no perjudicar a la población local y menos en villas tan insignificantes.



Cuadro del saqueo de Amberes en 1576

Me incorporé aún mareado, ayudado por Vidal de Mont-rás y comenzamos a caminar en silencio hacia un lugar más tranquilo pues los gritos, disparos y el frenesí del entorno me aturdían cada vez más y a Mont-rás tampoco se le veía cómodo con el espectáculo.

- Lo que le ha pasado a Paolo es una putada, Martín- rompió el silencio el espigado sargento,- pero nos explica un poco qué pudo pasarle al sargento Blasco en el Campo de la Alondra.
- Supongo- asentí aún con gran pesar por el recuerdo de nuestro amigo napolitano.

Así llegamos a una esquina donde un hombre sangraba profusamente por un costado y respiraba con dificultad. Parecía estar exhalando sus últimos estertores de vida. Vidal se adelantó aproximándose hacia él:



- Mira tú por dónde...- Y comenzó a patearle en el costado que le sangraba con saña. Contemplé la escena horrorizado y me acerqué para intentar detener el repentino furor del sargento hasta que me percaté que el hombre herido no era otro que Lope Garay que daba ya sus últimas bocanadas tirado en el suelo. Mont-rás le gritaba:
- Teníais razón, mentecato, hijo de mil padres, hay que cubrirse los flancos- y luego acabó por escupirle.
- Pero sargento, si en la carreta no le dijisteis nada- le pregunté sorprendido.

Mont-rás dejó de patear, suspiró profundamente y dijo encogiéndose de hombros:

- No podía, Martín, la autoridad no sólo la da el rango y este rufián era un veterano peligroso con mucho predicamento entre la soldadesca... pero ahora me he quedado bien ancho- y sonrió por primera vez desde que habíamos entrado en batalla esa mañana.

La adusta silueta del capitán Mendoza se perfiló tras nosotros sin que pudiéramos precisar cuánto tiempo llevaba ahí. Inferimos que el suficiente pues nos dijo:

- Andad, Vidal, a patear a otros moribundos y dejadme a solas con el mochilero. Procurad en sucesivas ocasiones patear a moribundos del bando contrario si tenéis la bondad, no os vayan a confundir con un traidor- la regañina había sido evidente como también era evidente que iba a quedar ahí.

Cuando nos quedamos a solas el capitán cambió por primera vez el tono y el semblante para dirigirse a mí con desenfado, casi jovial:

- Felicidades, ya no vais a ser nunca más mochilero. Me mandan a que os envíe de nuevo con el Maestre de Campo. Supongo que ahí os premiarán por vuestro servicio en la torre y os ascenderán a mosquetero o algo similar.- Me miró. No estaba yo para muchas felicitaciones.- ¿No os honra la noticia?
- Capitán, Niccoló me salvó la vida en el asalto y ahora...
- Lo sé, Martín, lo sé, dura vida la del soldado. Mucha gente habrá que salga de nuestras vidas, desapariciones, muertes e incluso...- hizo una pausa dramática y me miró a los ojos como queriendo leer mi interior- el desamor. Pero todas estas vicisitudes sólo hacen que recordemos que debemos seguir en liza, que no debemos dejarnos abatir, por ellos, los que ya no están a nuestro lado pero nos querrían ver fuertes, y por nosotros, que debemos seguir ofreciendo nuestra versión más elevada. Sólo así se puede volver a conciliar el sueño por las noches después de muchas desventuras.

Nunca me imaginé al capitán hablando de otra faceta que no fuera la meramente castrense, pero he de reconocer que su mensaje tenía sentido. Mendoza que había dulcificado hasta su tono de voz en seguida se recompuso y volvió a su semblante sereno y hosco habitual:

- Te van a encomendar una nueva misión. Esta vez irás sólo por lo que debes estar muy atento a todo y anticiparte. ¿Te acuerdas cuando te puse tu apellido en el reclutamiento?

Se descubría así un misterio que había comenzado para mí un año atrás. Siempre me maravilló que el capitán decidiera renombrarme como Cartirana sin conocerme de nada, como si por artes adivinatorias hubiera intuido mi lugar de nacimiento. Mendoza continuó su narración:

- El día anterior nos contaron las correrías de un cabrero y una moza comprometida con el heredero del castillo y cómo este dejó tuerto a su señorito. Estas aventuras donde el pobre vence al rico tienen mucha acogida entre el populacho. Evidentemente, cuando apareciste con tu desaseado aspecto de haber pasado varias noches al raso haciéndote llamar Sevilla me fue sencillo identificarte como aquel cabrero de Cartirana. El espectáculo de después con los matones de Larrés sólo hizo que confirmármelo. Sabía, por tanto, que tenías valor y por eso te instruí como soldado, aunque fueras a servir de momento de mochilero, porque leí la situación y me anticipé. Por eso llevo también siempre mi puntilla en la manga y una mecha medio prendida en el cinto. Eso tendrás que hacer tú. Anticiparte.

En ese momento me sentí contrariado, quizá conmigo mismo, por no haber aprendido más cosas de don Gonzalo Mendoza. Cómo podía ser el capitán un hombre tan callado cuando tenía tanto por enseñar... Durante su discurso caí en la cuenta que aún conservaba su puntilla en mi manga así que fui a entregársela.

- No, quédatela- dijo él.- Considéralo un pago personal a tus servicios esta dura jornada. Anda, corre, marcha a la capitanía general que han instalado en el edificio que está junto a la torre. Allí nuestro Maestre de Campo, Julián Romero, te instruirá sobre tu nuevo cometido. Ve con cuidado, sé discreto- me guiñó un ojo pues el día que nos conocimos en Larrés le parecí cualquier cosa menos discreto- y recuerda anticiparte. Ve con Dios.- Y dicho esto con la mayor frialdad que pudo y sin esperar a que me despidiera, dio media vuelta y se dirigió hacia la salida del pueblo.

El sol, que había hecho aparición esa jornada, comenzaba a tornarse rojizo en el ocaso. Se agolpaban en mí sentimientos enfrentados; orgullo de haber completado con éxito mi primera misión, tristeza por la pérdida de compañeros y amigos en batalla, nostalgia del recuerdo de mi tierra, desazón por el recuerdo de mi bella Juana pero también y, sobre los demás sentimientos, ilusión por la nueva misión que se abría ante mis ojos como lo hacía el canal de Mons que cruzaba de este a este la villa de Saint Ghislain. Me detuve unos instantes a respirar el frescor de la tarde neerlandesa y admirar cómo el sol bajaba hacia las aguas del canal, a calmar las pulsaciones de mi corazón desbocado por las emociones vividas. ¿Qué más aventuras me esperaban? ¿Lograría salir con bien de mis aventuras en Flandes? ¿Conseguiría volver a mi Cartirana natal? ¿Recuperaría el amor de Juana?



Sólo Dios lo sabía, pero tras esos instantes de reflexión me empezó a invadir una agradable sensación de paz. Qué más daban en ese momento las respuestas a todas mis preguntas. Seguía vivo y ante mí una nueva oportunidad. A fe que la iba a intentar aprovechar.

Publicada en la Revista *Noches de jardín*, nº 5 (2023). Las imágenes han sido obtenidas de *Wikipedia*, la revista *Desperta ferro*, Museo del Prado y Museo Thyssen (Madrid) así como de otros recursos en abierto inspirados en la obra de Fernando Martínez Laínez, *Pisando fuerte. Los tercios de España y el camino español*, editorial Edaf.